

La influencia de Santiago en la vida, la cultura y fe

(Compendio de la Conferencia de Mons. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago, en la Catedral de Astorga, organizada por el Cabildo dentro del programa de actividades culturales con motivo del Año Santo Jacobeo.)

Miguel SÁNCHEZ RUIZ

Dean Presidente del Cabildo

Como los medios de información publicaron, el día 18 de Septiembre de 2010, el Sr. Arzobispo de Santiago, Mons. Julián Barrio Barrio, pronunció una conferencia en la Catedral de Astorga con el título de “La Influencia de Santiago en la Vida, Cultura y Arte”. Le agradecemos mucho que, a pesar de tener la agenda muy ocupada y haber tenido otras peticiones que no pudo complacer, viniera a nuestra Cate-

dral, aunque tuvo que irse luego. Muchas gracias, D. Julián, porque ya se ve que la querencia con Astorga es muy honda; también la nuestra para con Vd. La atención y el cariño sincero que pudo experimentar ese día lo demuestran.

La Presidenta de los Amigos de la Catedral, Da Eliánés Fernández, me ha pedido que hiciera un resumen para la Revista “Catedral” de los Amigos de la Catedral, a lo que he accedido con sumo gusto, ya que muchos, - entre otros, el Comisario de la Junta de Castilla y León para los Caminos, D. Manuel Fuentes, al finalizar, le pidieron que se publicase. Por todas estas razones, he pensado que lo mejor sería más que una sinopsis dar un compendio de lo expuesto en la Conferencia, que resultó magnífica, según la “sententia communis” que dirían los clásicos.

Pero, no es fácil hacer un resumen de una conferencia, bien construida, enciclopédica, bien pensada, densa y con riqueza de matices literarios, que van de la estructura superficial al contenido ideológico. Por eso, para no caer en el peligro de romper la armonía entre forma y contenido, me ha parecido mejor dar un compendio de la introducción y de los tres capítulos, más que resumir de forma sintética intentando una sinopsis.

Introducción

Santiago de Compostela se comprende en una milenaria tradición como meta mundial de los peregrinos que se encaminaban *ad limina beati Jacobi*. Sus orígenes remontan a la época prerromana con el asentamiento denominado *Lovio*, localizado en el interfluvio de los ríos Sar y Surela, donde parece ser que se ubicaba un lugar sagrado de culto. En el s. I d.C. se asienta una guarnición romana, que con el tiempo va adquiriendo mayor importancia al poseer un recinto fortificado. A lo largo del siglo IV la influencia romana, llegando al abandono del asentamiento romano fue decayendo, abandonado y en ruinas. A comienzos del siglo IX Teodomiro, obispo de Iria, descubre en este bosque la tumba del apóstol Santiago y este hallazgo es confirmado por el Rey Alfonso II el Casto.

Estos son, en resumen, los humildes orígenes de una meta de peregrinación que en algunos momentos de la historia se equiparó, e incluso superó, a las otras dos de Jerusalén y Roma. Hasta entonces Compostela no ofrecía ni pasado ni presente. Era un lugar perdido en los confines de Galicia, en el que apareció la tumba del Apóstol Santiago en una vieja necrópolis abandonada. Es cierto que sobre ella se va levantando en el correr del tiempo un santuario de singular bellaza y ornato. De la nada y en la Alta Edad Media surge, por un lado, una sede episcopal, que no sólo se hace un lugar en una Galicia ya llena de ellas, sino que prevalece sobre la ya existente Iria, hasta sustituirla en 1095; por otro, nace una ciudad medieval completa con sus dos componentes clásicos: la *civitas*, excepcionalmente de nueva planta, y un burgo, una *villa burgensis*, que pronto se configura como *municipium*.

A partir del siglo IX y a lo largo del tiempo se fue formando una estructura

única alrededor de la tumba del Apóstol, que estaba tanto al servicio del forastero, turista o peregrino, como de las instituciones que representaron, promovieron y administraron la ciudad y el culto. Una ciudad obra de generaciones de hombres que se distinguieron en su edificación, así de las hermosas piedras como de gracias y privilegios espirituales de que fue su iglesia colmada. La ciudad de Santiago, “una ciudad que sólo explica el Espíritu y no la ciencia”, como comunidad y guardián de uno de los tesoros más preciados del *Orbis Christianus*, se convirtió en meta de peregrinos, encuentro de corrientes espirituales, de tendencias artísticas, económicas y sociales que llegaban a ella a través de una tupida y densa red de caminos, tantos como los puntos de partida de los peregrinos.

1. La vida como peregrinación

El hombre, peregrinando es fiel a sí mismo, aunque no consiste la gracia del viaje en felicidad terrena sino en vivir en Cristo. El peregrino hace camino con esa seguridad que sólo dan las cosas de Dios venidas. Constatar la amplitud inusitada de la peregrinación a Santiago de Compostela desde sus inicios en el siglo IX, durante el medioevo incluso en períodos amplios de la época Moderna, aunque tarea ardua, no es imposible. Tampoco lo es entender su decadencia a partir de la Revolución Francesa.

Hoy lo que cuesta al hombre contemporáneo es más bien formarse una idea de cómo pudo llegar a adquirir tamaña y tan duradera importancia. Dado que la peregrinación es un viaje, cuyo motivo primordial es religioso, puede resultar oportuno detenerse a considerar qué suponía para el hombre antiguo viajar y qué relaciones se establecían entre los viajes, los caminos y la religión.

En los tiempos pasados, viajar o peregrinar fue, pues, algo más que una acción meramente utilitaria - para intercambios comerciales - o placentera, al estilo de lo que hoy es para muchos el turismo. Era un medio de adquirir experiencia, conocimiento e incluso prestigio y, en la medida que peligroso, era también una aventura, un reto atrayente para los audaces. Viajar o *peregrinar* era lo que daba pericia y experiencia y, viceversa, sólo poniéndose en marcha o en camino cabe adquirir experiencia.

Asociar el viajar, el *peregrinar* y los caminos con el saber es una constante en todas las culturas por mas ancestrales que sean. En este sentido, cuenta Julio César que los galos tenían al dios de los caminos y viajeros “por inventor de todas las artes”. Esta asociación entre la inteligencia y el saber, por un lado, y los caminos, por otro, se dio asimismo en culturas más evolucionadas como la griega: el dios griego de los caminos, Hermes, era también dios de los saberes y de los engaños, siendo este último un aspecto del saber, ya que sólo puede engañar bien quien sabe la verdad.

Puestos a abordar la faceta intrínseca a las peregrinaciones, lo primero que cabe señalar es que éstas no constituyen un fenómeno específico de la religión cristiana, sino que parecen responder a una necesidad de las más diversas religiones, manifestada en múltiples lugares antes y después de Cristo. Así, los judíos acudían al templo de Jerusalén; el Islam impone a todo el mundo musulmán peregrinar a La Meca al menos una vez en la vida, si sus medios lo permiten, etc.

Dejamos por sentado que todas estas peregrinaciones tienen algo en común y que, por ende, en la peregrinación a Santiago se encuentran pervivencias, adaptaciones y evoluciones de formas de culto más antiguas y primitivas. Tanto los abusos como la propia evolución religio-

sa contribuyeron a que se produjera a lo largo de la historia un importante cambio de énfasis en la consideración religiosa de los peregrinos. Frente al peregrino que emprende la marcha por un camino físico determinado, parece tomar fuerza una vieja idea: la de que el camino que hay que recorrer es el de la vida.

Más, ¿qué caminos son los aptos e indicados para “andar dentro de sí” y qué viajes los que así se emprenden? Durante milenios, morir ha sido, según expresión todavía usual, “emprender el último viaje”. Y tan al pie de la letra se llegó a tomar esto, que entre los celtas e iberos era costumbre en el enterramiento de los poderosos poner u ofrendar un carro para ese último viaje...y a los católicos moribundos se les administra el “viático”, palabra que entre los romanos designaba el dinero de bolsillo para los viajes. Y que en el catolicismo es el sacramento de la Eucaristía que se administra a los enfermos en peligro de muerte; por lo pronto, fue el propio Cristo quien dijo de sí que era “el camino, la verdad y la vida”, imagen que Pablo retoma cuando habla de el “camino nuevo y vivo inaugurado por Él (Cristo) para nosotros”.

2. La polivalencia del Camino de Santiago

El hecho de que no hubo un único camino a Santiago, sino varios, no quiere decir en modo alguno que esos diferentes caminos sean iguales en importancia y tampoco supone afirmar que fueran múltiples porque no había caminos bien definidos, pues el peregrino necesitaba una asistencia – techo, lecho, comida, asistencia sanitaria - que no se encontraba en cualquier sitio. De esta forma, en España, a partir del siglo XII hay un eje principal indudable que va de Roncesvalles a Santiago y al que afluyen, como

resultado de la interacción de factores históricos diversos con las características físicas del territorio, decenas de otros caminos.

Dado que los peregrinos aflúan de toda Europa, es lógico que quienes venían, por ejemplo, de Italia no entraran siempre en España por el mismo paso pirenaico que aquellos que venían de Flandes.

El camino de Santiago fue desde los comienzos, por su significación y por sus aportaciones múltiples un fenómeno importante que condicionó el modo de ser de gran parte de Europa; y ello, porque el peregrino jacobeo ha venido cumpliendo ininterrumpidamente una vocación itinerante que lo hacía ser “viajero de lo sagrado” y transmisor de saberes.

Su meta no era precisamente una ciudad o un lugar llamado Compostela; su meta era un santo, un apóstol, la tumba del apóstol que, según la tradición, había evangelizado España. Ese peregrino era el peregrino por excelencia, esencialmente distinto de cualquier viajero, no aspiraba a encontrarse con Santiago al final del largo itinerario, porque Santiago viajaba con él. En este sentido, puede decirse que no faltaron nunca, o casi nunca, las intenciones de carácter espiritual, dado que se trataba de un viaje de conversión y de transfiguración, de un viaje sagrado a través de la cristiandad entera. El móvil fundamental era la devoción a Santiago, la búsqueda de una relación personal con él. Esa era la actitud de peregrino imbuido de fe y profundamente devoto del Apóstol, lo cual no excluía otras motivaciones tales como el deseo de una santificación personal, la necesidad de una mayor práctica de oración, el reconocimiento y gratitud por las gracias y favores recibidos, la obligación de cumplir una promesa, sin olvidar un cierto afán por conseguir indulgencias, la búsqueda del deseado milagro o también

una cierta nostalgia por el deseado martirio. Esencial en esa peregrinación era, sin duda alguna, el espíritu de penitencia. Se iba a Compostela “por penitencia”, ya fuera por decisión personal, ya por delegación o por encargo de alguien que no podía realizar ese viaje sagrado. El recorrido a pie, de todo o parte del camino. Fue siempre uno de los medios humildes de hacer penitencia. Es decir, el camino de Santiago y la peregrinación jacobea han sido desde sus inicios una historia de fe, de testimonio, de vida cristiana, de caridad fraterna; una historia que configuró a la Europa cristiana.

Sin embargo, aparte de la función espiritual, ha habido dos que en el caso del Camino de Santiago han atraído la atención: una relacionada con el movimiento de mercancías y otra con el de ideas. Y, en particular, estilos artísticos y devociones.

Se comprueba, pues, en el Camino de Santiago y en la peregrinación jacobea la existencia de un claro dualismo integrador entre lo religioso y lo profano, que tiene su expresión más diáfana en el conjunto de realidades creadas “para” el peregrino (hospitales, lugares de devoción y culto...) y realidades creadas “por” los peregrinos, como la construcción de otras rutas o de puentes. Los peregrinos llevaron consigo a los reinos hispánicos nuevas formas de expresión artística, símbolos, creencias y formas de vida que incorporaron a los lugares que atravesaban, incluso, al final del trayecto, en actitud penitencial, cargaron con piedras calizas para contribuir a la construcción de la basílica compostelana.

3. El Camino de Santiago como camino de fe

Desde un principio se ha venido repitiendo que el Camino de Santiago ha sido desde sus inicios un camino de fe



Catedral de Santiago de Compostela

y, al mismo tiempo, un camino de cultura, en una palabra, el acontecimiento más importante en la configuración de la Europa medieval, como cristiandad occidental. Esta convicción la recogía Eneas Silvio Piccolomini, el papa humanista Pío II (1405-1464), al enunciar en su obra cartográfica una especie de unidad religioso-cultural europea, en oposición a lo que consideraba la barbarie asiática. Piccolomini dejó claramente establecido, en sus consideraciones, la existencia de una ecuación entre Europa y civilización, entre cristianismo y civilización, que es precisamente la gran aportación hecha por el camino de Santiago y las peregrinaciones jacobeanas.

En la misma línea que su antecesor Pío II, ya en nuestros días, Juan Pablo II reconoce sin ambages la contribución de la peregrinación jacobea a la unidad e

integridad de Europa: “Europa entera se ha encontrado a sí misma alrededor de la “memoria” de Santiago, en los mismos siglos en los que ella se edificaba como continente homogéneo y unido espiritualmente. Por ello el mismo Goethe insinuará que la conciencia de Europa ha nacido peregrinando”.

Ciertamente no se trata de crear una Europa paralela a la existente, sino de mostrar a esta Europa que su alma y su identidad están profundamente enraizadas en el cristianismo, para poder así ofrecer a Europa la clave de interpretación de su propia vocación en el mundo. El origen del cristianismo está en Oriente. Lucas al igual que Juan y todo el Nuevo Testamento ponen su raíz en Israel: la salvación viene de los judíos (Jn 4,22). Sin embargo, Lucas indica un nuevo camino, que abre una nueva puerta. El

camino que indica el libro de los Hechos de los Apóstoles es en su totalidad un camino que va de Jerusalén a Roma, el camino de los paganos. De esta forma, el cristianismo es la síntesis lograda en Jesucristo entre la fe de Israel y el espíritu griego. Sobre esta síntesis se asienta Europa. El intento del Renacimiento de destilar lo griego puro con la eliminación de lo cristiano para reconstruir lo griego primigenio es tan absurdo y sin sentido como el nuevo intento de conseguir un cristianismo deshelenizado. Europa surge de esta síntesis y tiene su fundamento en ella.

La unidad de Europa será duradera y provechosa si está asentada sobre los valores humanos y cristianos que integran su alma común, como son la dignidad de la persona humana, el profundo sentimiento de justicia y libertad, la laboriosidad, el espíritu de iniciativa, el amor a la familia, el respeto a la vida, la tolerancia y el deseo de cooperación y de paz, es decir, ¡la Europa unida del tercer milenio! ¡la nueva Europa del Espíritu!

La afluencia de peregrinos a lo largo de los siglos fue constante desde el primer momento. En el año 1122 el Papa Calixto concedía gracias jubilaires a la iglesia Compostelana que se adelantaba así a la iglesia romana en la celebración de los Años santos. La Basílica Compostelana que jamás había cerrado sus puertas como subraya el *Codex Calixtinus*, “las puertas de esta basílica nunca se cierran, ni de día ni de noche; ni en modo alguno la obscuridad de la noche tiene lugar en ella; pues con la luz espléndida de las velas y cirios, brilla como al mediodía”, en recuerdo de la ciudad celeste del Apocalipsis, abrió una puerta, la puerta santa, como símbolo de un tiempo de gracia y de perdón en el Año de la gran Perdonanza. Hacia Compostela acudían pueblos y hombres sin discriminación: “Pues han ido allá muchos pobres, que

después han sido felices, muchos débiles, después sanos; muchos enemistados, luego en paz; muchos crueles, después piadosos; muchos avaros, luego espléndidos; muchos perjuros, después leales. He aquí que la santa ciudad de Compostela ha venido a ser por intercesión del Apóstol la salud de los fieles, la fortaleza de los que a ella vinieren. Si alguno se acerca triste, se retira alegre” (*Liber Sancti Jacobi*).

El Año Santo Jacobeo 2004, el primero del tercer milenio - como éste de 2010 que es el segundo - y en los tiempos de la llamada postmodernidad es una llamada a recuperar el contenido esencial - en clave de evangelización - de la antropología católica. No hay que olvidar que una de las más duras críticas de Lutero recayó sobre la peregrinación a Compostela; el grito “antijacobeo” de Lutero, de la Reforma protestante, conllevaba una crítica a la antropología católica. En un momento en que el proceso iniciado en el s. XVI no ha culminado, es menester resaltar las dimensiones antropológicas de sesgo católico que se encierran en el mensaje del peregrino: la bondad de la creación y de la criatura; la amenaza y consecuencias del pecado; las posibilidades que tiene el hombre para ser sanado, convertido, perdonado; la presencia de la gracia en la creación imperfecta, creación que está en camino de llegar a la plenitud. En una palabra: El Año Santo y la peregrinación son una ocasión para potenciar la nueva evangelización de España y de Europa que vive la tensión entre la afirmación de los nacionalismos y la búsqueda de un principio unificador que contribuya a una generación espiritual, moral e intelectual de nuestra sociedad; sólo la fuerza espiritual de la verdad de Cristo puede vencer la debilidad mental y moral que padecemos y ayudarnos a recuperar la confianza.

La transcendencia de este objetivo

es obvia cuando del mundo bipolar y la guerra fría hemos pasado a un nuevo tipo de confrontación multipolar con multitud de conflictos en el mundo. “La identidad cultural tras la muerte de la ideologías se convierte en un nuevo elemento de dar cohesión a grupos humanos, más también en un factor potencial de desestabilización”. La peregrinación a Santiago, más allá del valor simplemente cultural e histórico, es un valor constitutivo y constituyente de la civilización común europea. El peregrino que se pone en camino en nuestros días hacia Santiago, teniendo muchas noticias geográficas, históricas y culturales, no imagina hasta qué punto la profunda vivencia espiritual cambiará su vida y generará significativas consecuencias en el entorno en el que volverá a insertarse. Me atrevo a indicar una última sugerencia: muy probablemente el mayor de los problemas de Europa hoy es la desunión, las rupturas, los nacionalismos. Este es un claro indicio de la necesidad de un principio aglutinador que una a todos por encima de las diferencias. Hasta el presente lo ha sido el cristianismo, más aún el catolicismo. La tradición Jacobea ha tenido un influjo decisivo en la unidad de Europa y de España. Abandonar esta tradición es prescindir de una inspiración y ayuda para uno de los mayores retos del presente: la unidad. La autoridad de Dios que vincule nuestras conciencias y la atracción de lo santo que nos mueva a la acción, son presupuestos ineludibles.

Han sido millones de cristianos, peregrinos anónimos, que en la soledad de la peregrinación y de sus incontables penalidades, fueron los protagonistas del Camino que ha vertebrado la realidad de Europa. Como ayer y también hoy “Santiago es la tienda del encuentro, la meta de la peregrinación, el signo elocuente de la Iglesia peregrina y misionera, penitente y caminante, orante y evangelizadora

anunciando la cruz del Señor hasta que vuelva. Compostela, hogar espacioso y de puertas abiertas quiere convertirse en foco luminoso de vida cristiana, en reserva de energía apostólica para nuevas vías de evangelización, a impulsos de una evangelización siempre joven” (Juan Pablo II)El articulado sistema de valores –fe, solidaridad, caridad, sacrificio, actitud penitencial y trascendencia- relacionado con la peregrinación compostelana maduró y reforzó una concepción cristiana de las relaciones entre los hombres y de países y costumbres diferentes, unidos en una misma fe y en una misma civilización que sigue siendo referente en este momento. Por eso, Europa no puede considerarse solamente una estructura económica basada en un sistema monetario común. La unidad europea ha de fundamentarse sobre un sistema de valores, personales y colectivos donde la existencia se comprenda como don y tarea para el hombre, donde el prójimo sea aquel de quien cada uno se hace responsable y donde la vida de cada uno se ponga al servicio de los demás.

En este horizonte, la peregrinación pasa de tener un valor simple y exclusivamente cultural e histórico a ser un valor constitutivo y constituyente de la común civilización europea. El peregrino contribuye eficazmente a la construcción de la única Europa posible: la que tiene una referencia espiritual con sus principios morales y sociales, su cultura, su arte y su sensibilidad, es decir, la que tiene sus raíces en la tradición cristiana que la articuló profundamente en cada una de sus fibras.

En esta hora, “Compostela, lugar espacioso de puertas abiertas”, quiere convertirse en foco luminoso de vida cristiana para la nueva Europa del espíritu a impulso de la fe apostólica.